

Archivo DIPLOMATICO-POLITICO

DE

ESPAÑA

AÑO I.

Madrid 29 de abril de 1883.

NÚM. 3.º

SUMARIO

I. El movimiento de la Izquierda y la sabiduría de los Poderes.—II. ACTUALIDADES.—*Bazaine y su libro*, por el Teniente general Marqués de Mendigorria.—III. DOCUMENTOS HISTÓRICOS.—*Fernando VII en Valengay*, carta particular del Marqués de Ayerbe. (Continuación.)—IV. Testamento de Juan de Herrera.—V. DOCUMENTOS DIPLOMÁTICOS.—*Sobre la intervención española en Portugal en 1832*, por el General D. Luis Fernández de Córdova. (Continuación.)—VI. Miscelánea.—VII. Bibliografía.—VIII. Anuncio para la suscripción.

EL MOVIMIENTO DE LA IZQUIERDA

Y LA SABIDURÍA DE LOS PODERES.

Los que aman la Monarquía, y con la Monarquía las formas é intereses esenciales que la representan en España, debieran haberse apresurado á vestir de gala los balcones del porvenir dinástico y pacífico del trono y de la sociedad, después del acto verificado el miércoles último en los espaciosos salones del palacio del Duque de Noblejas, insuficientes para contener la multitud, el calor y el entusiasmo que rebosó la constitución del círculo de la Izquierda, que, de aquella antigua estancia de la nobleza de raza, ha hecho la morada de la tendencia democrática y ecualitaria de nuestro siglo en nuestro País. El acto á que nos referimos, sintetizado en la presidencia del Sr. Duque de la Torre, en la palabra del Sr. Montero Ríos y hasta en el silencio del Sr. Moret, ha venido á ser algo más que una manifestación nueva de actitudes personales, que antes estaban declaradas y definidas. El acto del miércoles, bajo la fortaleza de la unidad, ha sido la presenta-

ción formal ante el País, ante la opinión, ante la Europa política, que no es ajena á las manifestaciones de nuestras evoluciones interiores, de una fuerza inteligente y activa, numerosa, compacta y disciplinada, que intermedia entre lo que la revolución había creado y la restauración ha restaurado, con un pie en cada orilla de la ancha corriente del porvenir, empuña en una mano la oliva de las auroras apetecidas por la libertad y los intereses sociales, y con la otra el arma, que revela al centinela avanzado del moderno, inevitable é inextinguible derecho público nacional, proclamado y conquistado en todo un largo siglo de revolución y batallas patrias.

Las intrigas desmoralizadoras, que comprando conciencias arrebatan su fuerza á los partidos; los maquiavélicos indignos, que acudiendo al descrédito del escándalo, ocultan la natural baja y cobardía tras el aparatoso estrépito de la difamación organizada; los miedos preconcebidos y las preocupaciones propaladas desde ciertos lugares para mantener posiciones inmerecidas, por mucho que disminuyan los efectos y por mucho

silencio que impongan, para que el eco de las nobles aspiraciones se pierda en el vacío, no podrán lograr que se desconozca dentro y fuera del País, en las altas regiones donde se miden y pesan los serios intereses del Estado y en la noble esfera donde la opinión informa su espíritu, que al quietismo y al letargo de muerte que ha sido hasta aquí la única obra deliberada de algunos *leaders* de la restauración, para dejar desmayada en su cansancio la desfallecida voz del sentimiento general, viene á suceder de nuevo el poderoso latido de las ideas que, como el Sr. Montero Ríos dijo, con los poderes ó sin los poderes constituidos, han impuesto á nuestro siglo la marcha progresiva de los adelantos políticos, de las libertades civiles, del incremento de la instrucción y del desarrollo de todos nuestros intereses materiales.

Esta fuerza no ha venido representada únicamente por un nombre personal, cualquiera que él sea; no ha traído tampoco una sumisión pasiva, incondicional y paciente: cuenta con su tradición y su prestigio; enarbola banderas de claros y simpáticos colores; cuenta en sus filas los respetables jefes formados con los años y las luchas, y la juventud, ávida de gloriosos destinos, se ofrece, pero no se inclina; espera, pero no está propicia al desaire; tiene la conciencia de su valer; sabe lo que puede aportar en efectivo y cuánto interesa á todos, que, lo que ella aportar pueda, venga á ser fuerza permanente de un edificio cuyos cimientos, por firmes que parezcan, se han conmovido ya al viento de las catástrofes y que á todos conviene asegurar. Después de todo, en lo que aspira no hay más que óimas esperanzas para los que de esta fuerza necesitan; para el país, cansado de convulsiones; para el porvenir ilustrado y próspero, que la reclama. De esta fuerza, como en Italia, es de donde únicamente puede brotar el hondo sello de una definitiva reconciliación. Hasta que esto no se realice, en vano será pensar en nada sólido ni estable, ni en la concurrencia de otros nombres y otros prestigios, que aun entristecen su patriotismo, desde dentro y desde fuera, con

la hiel de las desconfianzas tradicionales, ni en el triunfo viril de la libertad, ni en la conquista amplia del porvenir.

ACTUALIDADES

BAZAINE Y SU LIBRO

I.

No necesitábamos leer el interesante libro que acaba de publicar el Mariscal Bazaine, para considerar á este ilustre soldado víctima de la opinión extraviada, á pesar de que la historia de la guerra franco-prusiana de 1870 lo justifica de los terribles cargos que contra su honor militar se le han hecho por sus mismos compatriotas y compañeros de armas. Es una condición del generalato el que si las victorias le son premiadas con grandes recompensas nacionales y lisonjeras demostraciones de la opinión pública, las derrotas, en que queda humillado el sentimiento de la dignidad nacional, se castigan, sin piedad ni misericordia, en aquellas personas que menos han contribuido á causarlas. Un pueblo como el francés que, desde su revolución, había obtenido tantas victorias sobre todas las armas de Europa, aun en medio de derrotas parciales, no pudo comprender cómo sus ejércitos, recientemente victoriosos en Crimea y en Italia, y que ocupaban el primer puesto entre todos los del mundo, perdiera en poco tiempo, no sólo esta superioridad, sino que todo él cayera prisionero de guerra y sus primeras plazas fuertes consideradas como inexpugnables, en poder del enemigo.

En esta desastrosa guerra, la Francia pasó, en corto tiempo, de la confianza en la victoria al desaliento de la humillación y á la vergüenza del vencimiento más completo. Creyéndose invencible, y que la victoria habíase fijado en sus banderas, después que venció el poder militar de la Rusia en Crimea, y el del Austria en Magenta y Solferino, pensó unánimemente que con mayor facilidad llevaría sus ejércitos de triunfo en triunfo hasta Berlín, haciéndose dueño previamente, y como de pasada, de las provincias Rhinianas, sin las cuales la dinastía imperial no se afianzaría en Francia, y por lo tanto la corona de Napoleón III dejaría de

pasar, por la muerte de éste, á la cabeza del Príncipe imperial.

No se detuvo la Francia en estudiar y conocer en dónde estaban las verdaderas causas que dieron la victoria á los ejércitos prusianos, ni en su vanidad podía confesar que sus derrotas eran producidas por la debilidad y mala combinación de sus instituciones militares, y sin querer reconocer que los repetidos descalabros de sus ejércitos tenían por principal fundamento la mejor y más pronta movilización del ejército prusiano, su armamento, su mayor número de soldados y el estudio que para ganar las batallas habían hecho los Generales enemigos, reuniendo sobre los diversos campos de batalla mayor número de fuerzas, tomando en todas partes la ofensiva, y una vigorosa y enérgica actitud en el país, quiso la Francia satisfacer su amor propio atribuyendo á la traición de alguno de sus Generales la humillación experimentada.

Los que desde cierta distancia han presenciado en Europa los acontecimientos de la guerra franco-prusiana sucedidos con asombrosa rapidez, han podido comprender, con más sereno juicio, que los hechos importantes de la campaña fueron la consecuencia natural y lógica de la imprevisión del Gobierno, que en todas las cuestiones que se relacionaban con la constitución y organización de los ejércitos, no estuvo á la altura, ni de sus deberes, ni de la capacidad necesaria para dar á las tropas la fuerza, las armas y la instrucción correspondiente á los adelantos modernos y al progreso que había experimentado el ejército prusiano, como demostró á todos los militares estudiosos la reciente y rápida campaña contra los austriacos en Bohemia.

Faltaron á los franceses, desde mucho antes de empezar la guerra, los hombres privilegiados en el Gobierno y á la cabeza de los ejércitos, el General superior que, como en otras épocas de su historia, tuvieron para salvarse y salir triunfantes de sus grandes crisis: pero es menester reconocerlo, y así lo han confesado con no menos patriotismo algunos hombres superiores de la Francia. En los primeros momentos de la guerra de invasión, faltó también á aquel gran país un pueblo vigoroso, enérgico y de elevado espíritu nacional que, como el español de 1808, desde los primeros momentos de

las derrotas de sus ejércitos, de la invasión del país y de la ocupación de sus plazas, respondiera con la enérgica palabra de *no importa*. Faltó al propio tiempo la resolución de aquellos hombres que, viéndose sin fuerzas militares y sus plazas fuertes perdidas por la traición y la falacia extranjera, tomaran las armas en guerrillas organizadas, para defender el territorio y las ciudades abiertas, como Zaragoza, Astorga, Gerona, Ciudad-Rodrigo y otras.

Los hombres políticos y de gobierno en la derrota de los ejércitos de la Francia, no quisieron, por lo general, confesarse vencidos, ni por la inferioridad de fuerzas y de organización, ni por la superioridad del enemigo en genio y en inteligencia militar, ni por la de sus Generales estratégicos y resueltos. Era menester, para salvar la vanidad nacional, atribuir todos los desastres á causas extraordinarias y extrañas al valor y disciplina del ejército, al patriotismo del pueblo, á la inteligencia y previsión del Gobierno y á la misma aptitud, capacidad y decisión de los Generales. Para esto se necesitaba echar toda la responsabilidad de los acontecimientos sobre el solo hombre de quien suponían había dependido el éxito de las batallas y toda la gloria de las armas. Atribuir la rendición de la plaza de Metz y del ejército del Rin, que se apoyaba en su campo atrincherado á una traición del Mariscal Bazaine, era el colmo de la obcecación y de la injusticia. No pretendamos presentar á este ilustre Mariscal exento de toda falta, ni en sus actos políticos, ni en todas sus operaciones militares. Algunas señalaremos quizás para demostrar nuestro imparcial juicio; pero las que ha cometido principalmente bajo el punto de vista militar, fueron las consecuencias de la mala organización del ejército francés y el resultado de las faltas que el Emperador Napoleón III y su Gobierno cometieron declarando la guerra á la Prusia cuando no estaba el Imperio preparado para hacerla contra una gran nación, cuya fuerza y espíritu militar y cuyos vastos planes y combinaciones no conocía suficientemente el Estado Mayor francés. No podía haber traición alguna en sus cálculos políticos, por más que en éstos se equivocara el Mariscal al apreciar las consecuencias y trascendencias que habían de tener la fatal batalla de Sedán y el inexperado cerco de París.

A un hombre ambicioso que no tuviera la brillante historia militar del General Bazaine y que no hubiese llegado á la suprema dignidad del mariscalato, hubiera podido conducirlo á la traición y obrar contra su patria, si esto era posible en un soldado francés, lo que nunca creeremos, el interés de superior posición social y político de mando y de aura popular; pero ¿á qué no podía aspirar el Mariscal inculcado en su Patria, dado el carácter entusiasta y vehemente del pueblo francés, por el camino de la victoria? ¿Qué no podía esperar de la opinión nacional y del sentimiento público, si desde Metz al frente de ciento veinte mil hombres de los más escogidos del ejército francés, librara á su País por sus operaciones y pericia de la invasión extranjera, devolviéndolo á las armas francesas la superioridad y el prestigio que habían perdido desde los primeros días de la campaña? Semejantes resultados no podían dejar de ser ambicionados por el ilustre Mariscal, á quien no había de ocultársele que tales victorias debieran conducirlo al pináculo de la fortuna y de la grandeza humana en un país como la Francia, tan susceptible de entusiasmo para recompensar la gloria militar.

No está ciertamente el Mariscal Bazaine exento de culpas y de motivos de justa crítica por los resultados que le dieron sus resoluciones y hechos sobre sus operaciones en los primeros días de su mando; pero no son éstas de aquellas por las que pueda caberle responsabilidad mayor que la que resulta en tales casos para un General; es decir, el descrédito personal y el desprestigio por la falta de éxito y de fortuna. Ninguna otra responsabilidad puede exigirse al General que tiene la desgracia de no haber sabido ó podido vencer. ¿Qué mayor castigo pudiera imponerse al vencido que la vergüenza, la humillación y los sinsabores de la derrota, y la pérdida de todas las ventajas que por la victoria debía esperar? Sin el resultado fatal de la rendición de Metz y del ejército del Rhin, las batallas y combates librados por los franceses á los prusianos á las inmediaciones de Metz, si no constituyeron cada una de ellas brillantes victorias para las armas francesas, ninguna careció de mérito militar. Tampoco podían señalarse como derrotas en que el honor de las armas imperiales no se hubiese

mantenido honrosamente sobre el campo de batalla. En algunas de ellas, como el 14 en Bondy y el 16 en Rezonville, el ejército francés quedó dueño del campo de batalla y sus pérdidas inferiores á las que experimentaron los prusianos que pelearon con superioridad numérica de todas las armas. En la última batalla del 18 en S. Privat delante del centro francés, sólo la guardia prusiana dejó delante de las líneas francesas en tres horas de combate 8.146 hombres.

El ala derecha francesa se vió obligada á replegarse sobre el centro, perdiendo su línea de marcha sobre Verdún y Chalons. No se puede desconocer que este contratiempo fué debido á la falta de no haber sido reforzada con tiempo la derecha con sus reservas mal situadas y distantes á la izquierda de la línea, reforzando además la derecha con la artillería de posición que no se supo ó pudo emplear oportunamente; pero aun en esta batalla, en que por este punto la suerte de las armas no fué favorable á los franceses, y de la que resultó el ejército cortado en su retirada y obligado á encerrarse en Metz, se peleó por los franceses con orden, ejecutándose todos los movimientos como lo hacen las tropas que, no favorecidas por la victoria, no han perdido ni la moral ni la disciplina.

Siempre he creído que el más grande error que cometieron los franceses en toda la campaña sostenida contra los alemanes fué el de no haberse retirado con tiempo sobre Verdún, pues el Mariscal Bazaine pudo muy bien y debió continuar su retirada, sin preocuparse del ataque que el 14 le libraron los prusianos para detenerlo en ella, dejando á la guarnición de Metz el cuidado de rechazar aquella diversión prusiana. Pero el Mariscal participaba en aquella época de la errónea pero generalizada opinión militar, en Francia como en Europa, de que Metz era una plaza de guerra que, apoyando su campo atrincherado, era la mejor base de operaciones de un grande ejército para contener desde cualquiera de las dos orillas del Mosella toda invasión que se intentara ejecutar sobre el interior de la Francia. Esta opinión formaba parte sin contradicción alguna de la educación estratégica de la juventud militar francesa, y hasta el presente habíase arraigado en fuerza de la eficacia de los grandes movi-

mientos estratégicos introducidos en las grandes guerras por la sabiduría militar y genio superior de Napoleón I.

Es indudable que el Mariscal Bazaine hubiese evitado todos los desastres por que poco después pasó la Francia, si, sobreponiéndose á la opinión pública, que esperaba y exigía la marcha de sus ejércitos á Berlín y su posición sobre Metz, hubiese realizado su retirada á Châlons para cubrir París, y en todo caso defender la Francia desde la capital misma, al abrigo y al apoyo de sus fortificaciones. No se habían levantado éstas por la sabia previsión de Mr. Thiers y del Mariscal Bugeaux, sino en la eventualidad de una invasión extranjera que no pudiera contenerse en las débiles y cercanas fronteras de Alemania, sin más defensas que las muy imperfectas que Youvánt levantó bajo Luis XIV, insuficientes, como se ha demostrado más tarde, para contener á los ejércitos extranjeros. Desde París, el ejército francés hubiérase repuesto de sus primeros contratiempos, dando lugar y espacio para organizar y movilizar las reservas é improvisar los poderosos refuerzos que en la capital y desde la Loire formaron el genio organizador del General Trochú y el patriotismo de Mr. Gambetta.

Haer frente con tanta inferioridad numérica al primer empuje de todas las fuerzas reunidas de Alemania, defendiendo el territorio y organizando y movilizando el ejército, al propio tiempo que se fortificaba y aumentaba con las reservas para vencer y tomar la ofensiva á un tiempo, era imposible de realizar ni al General Bazaine, ni aun al primer genio de la guerra, si desde su sepulcro de los Inválidos se le hubiese devuelto á la vida para salvar la Francia, como lo verificó al regresar de Egipto.

El Mariscal Bazaine, encerrado en Metz, habría salvado con su ejército si la previsión de la administración francesa hubiese asegurado sus aprovisionamientos por un tiempo indefinido, superior siempre á aquel en que el ejército se viese obligado á permanecer á su abrigo; pero no habiendo sucedido así, la plaza y campo atrincherado de Metz y el ejército del Norte, que en estas defensas se apoyaban, tenían que seguir fatalmente la suerte por que los hicieron pasar los ejércitos alemanes, sobradamente numerosos para contener al francés bajo aquellos muros, mientras hacían frente

con otras numerosas tropas á los demás ejércitos franceses desmoralizados por la derrota.

El Mariscal Bazaine, encerrado en la plaza sin poder desarrollar sus fuerzas por movimientos á que no pudiera oponerse su enemigo, con reunión de fuerza superior en hombres y cañones, sin vituallas para mantenerse en una defensiva impotente, al concluir la última ración con que alimentaba su ejército, no pudo dejar de sufrir la suerte que han tenido todos los ejércitos que se han encerrado en las plazas ó se han confiado en la fuerza atribuida á los campos atrincherados, perdiendo sus comunicaciones y los recursos y fuerzas que podrían esperar en otras situaciones distintas; porque en efecto, como ha dicho un eminente escritor, nada es más cierto que los campos atrincherados han perdido á la Francia y á todos los ejércitos y Generales que se han servido de ellos, cuando no han tenido libre ni sus comunicaciones ni sus movimientos. Los austriacos en Mantua; Mark en Ulma; los prusianos después de Jena; Mac-Mahon en Sedan; Bazaine en Metz; Blake en Valencia, y recientemente los turcos en Plewna, son ejemplos que pueden aumentarse con otros muchos. La falta de caudales para levantar en Zaragoza una plaza de guerra y un campo atrincherado nos ha librado de tan fatal camino, hácia donde nos conducía pretenciosas opiniones de supremacías estratégicas. Vale más que un ejército batido en campo raso conserve la libertad de sus movimientos, retirándose detrás de un río ó de un país cubierto por grandes montañas ó bosques. Sobre los campos de batalla se ganan ó se pierden las plazas fuertes más inexpugnables: en Marengo ganó Napoleón toda la Italia con todas sus plazas fuertes y una corona, y en Leipzig y en Waterlóo perdió dos veces el imperio de Francia y su poder militar. Es, pues, indudable que los ejércitos deben procurar ser fuertes en los campos, al apoyo de los accidentes y circunstancias del terreno, y el ilustre Mariscal hubiera acabado por serlo más que los prusianos, si en vez de encerrarse en Metz con 170.000 hombres, hubiera operado su retirada con 130.000, dejando el resto de los más débiles y necesitados de organización al abrigo del cañón de la plaza. Los prusianos, extendiendo más sus líneas de operaciones, la ocupación del territorio y la toma de las plazas que

estaban para rendírseles por falta de defensas, su poder hubiérase debilitado cada día á medida que más adelantaban al interior, mientras se concentraban y unían los ejércitos de MacMahon y de Bazaine, y al apoyo de las murallas y fuertes de París y de las tropas que aún no se habían reunido en divisiones y cuerpos de ejército, hubieran formado 400.000 soldados, poco después aumentados con doble número por los que el patriotismo francés improvisaba en todas partes, y en los demás departamentos libres de la invasión extranjera, como los del Norte y de la Bretaña, cambiándose todos los destinos en que cayó después la Francia por la concusión y falta de serenidad del Emperador y de su Gobierno desde los primeros momentos de la invasión. Pero de la conducta del Mariscal Bazaine encerrándose en Metz no puede resultarle un cargo ni exigírsele responsabilidad alguna, ya porque habíase formado una opinión favorable á que desde dicha plaza se contendría mejor la invasión enemiga, que no avanzaría al interior sobre París mientras dejaran fuerza tan considerable á su retaguardia, ya porque el mismo Emperador y su Gobierno participaban de esta misma opinión, que, por errónea que fuese, estaba justificada por todas las enseñanzas de las academias militares de la nación.

FERNANDO FERNÁNDEZ DE CÓRDOVA,
Marqués de Mendigorría.

(Se continuará.)

DOCUMENTOS HISTÓRICOS

FERNANDO VII EN VALENCAY
CARTA PARTICULAR DEL MARQUÉS DE AYERBE

Continuación (1).

Apenas habían vuelto la espalda los Príncipes de Benevento, me encontré al conserje cerrando de orden de su ama todas las habitaciones que quedaban vacantes; yo había pensado mejorar la mía y baxarme á la de San Carlos; me parecía esto tanto más regular, quanto quedaba haciendo sus veces, quanto yo no tenía mas que una pieza de guardilla, i

en la de San Carlos había un pequeñito despacho, que en mi empleo era casi indispensable; por otra parte, quedando en el Palacio tan ilustres huéspedes, parecia cosa indecorosa no darles facultad de mudar habitación i aun de usar de todas si querrian a un tiempo; i por ultimo mis amos no eran unos huéspedes voluntarios; habían venido allí por orden del Emperador, i por consiguiente este había hecho suyo propio el uso del Castillo; sin embargo, no quisimos oponernos á la orden; pues como teníamos tales promesas de la Princesa i Príncipe, nos parecia del caso hacer todos los sacrificios imaginables por conserbar su amistad.

A este bochorno se siguió el sentimiento de la prision de Macanaz; este salió de París el cinco de Sbre. para restituirse á Valencay á desempeñar su empleo de Super Intendente General i Mayordomo de semana de la casa; pasa el seis, i el siete i ni viene ni había noticias de él; llegan el ocho las cartas de París del seis, y ya lo suponen en Valencay; en vista de esto determino embiar al Caballerizo de Campo de G. M. D. Juan Guarberto de Amezaga á Orleans bajo pretexto de cobrar la mesada de Agosto para inquirir noticias de su paradero: el doce vuelve Amezaga con la noticia de que bajo el pretexto de faltarle no se que requisito en sus pasaportes, había sido detenido en Estampes, á seis leguas de París, i que estaba preso; doi parte en el mismo día á San Carlos, quien hasta el día en que recibió mi primera noticia de su tardanza no sabía nada; i hasta el once en que fué á ver i á preguntar por él al Ministro de Policía el Conde Fouchet no pudo averiguar la causa; Fouchet respondió á San Carlos que Macanaz y otros Españoles se habían excedido en un café en hablar cosas de España, que se le había detenido para aberiguar si en esto había algun complot, i que el Emperador, sin saber era criado del Príncipe (mentira manifesta); había mandado traerlo á la Carcel de Vincens en los arrabales de París. (En la misma pusieron entonces á D. Jph Rios, hermano del Conde de Fernannuñez, i á otros Españoles segun supimos después.)

Al mismo tiempo el Emperador se escusó de ver entonces á San Carlos i Ezcoiquiz i de providenciar en los asuntos de ntros. amos con

(1) Véase el número del 22 de abril.

pretexto de su precipitado viage á Erfur, á donde partió á mediados de Obre. con Talleran, pero prometiendo les oiria á su vuelta, i que despacharia i arreglaria entonces todos los asuntos, lo que jamas há cumplido ni se há llegado á verificar.

Por más que las cartas de ntros. comisionados llenas de política, como que sabian bien las abrian i leian todas, nos ponderaban el agasajo que habian debido á todos los Ministros i manifestaban las mas lisongeras esperanzas, el corazon de mis amos y el mio se cubrió de luto con estos tres acontecimientos; no será malo te informe ahora de lo que despues nos hán informado habia pasado en Paris aquellos dias; ello no viene mal con los sucesos posteriores, pero yo no salgo enteramente garante de la verdad, por no haberlos presenciado.

Parece que el Emperador enmedio de su furia recibió cartas de la Reina Luisa animándole más á la empresa de España, i diciendole que contara con algunas personas (no sé quales) á quienes por dinero se podría ganar; al mismo tiempo supo por Asauza, que en aquellos dias fué á Paris, que los Españoles detenidos para la formación de su nuevo Gobierno, i habiendo entre ellos varios partidos, en todo pensaban menos en perseguir á sus decaídas i amilanadas tropas, dando tiempo á estas de fortificarse en las orillas del Ebro, i á él de hacer una nueva conscripcion i traer socorros del Norte; ello todo se ha verificado asi. ¡Ah! quan culpables son los que entonces se detubieron en disfrutar las alabanzas de ntras. primeras victorias, ó se distrageron en otros objetos por importantes que fueran, quando era tan principal i urgente acabar de hechar al enemigo de todo el terreno Español i reconquistar las Plazas que nos habia ocupado con artificios! Otra hubiera sido la guerra; no hubieramos quizas sufrido tantos males, si el Emperador hubiera tenido que comenzar otra vez la conquista por Irun i la Junquera, que no por Burgos i Rosas.

Sin embargo, dicen que Talleran i el Senado se opusieron á la guerra, que manifestaron al Emperador que todo el comercio se resentiria con la falta del de España; que el corazon del Español era duro i no facil de sujetar; que la España lo dominaria en el hecho, si casaba al Rey Fernando con su Sobrina; que el proceder contrariamente alarmaria la Europa i se iban

á ver en otra coalicion difícil de contrarestar sin los socorros pecuniarios, que tanto habian faborecido en los anteriores; añaden que el Emperador llamó á los tres ó quatro que habian llevado la voz i que les dijo: Vms. juzgan que yo no debo hacer la guerra de España, y Vms. han dado este dictamen libremente en el Senado, *como pueden*; pues yo tambien juzgo que Vms. no lo entienden, i *como puedo*, les quitaré á Vms. de Senadores, i les embiare á sus casas de simples Ciudadanos; á vista de esto aquellos viles hombres afloxaron, le pidieron perdon, i ofrecieron no salir de sus miras; y al dia siguiente embió Bonaparte otro Presidente al Senado (pues Talleran lo es nato por su empleo de Canciller) i salió aquel decreto tan ridiculo, tan inmoral, i tan desatinado.

«La guerra de España es útil; luego es lícita, luego es justa,» i no contentos con esto, decretaron para el pronto una conscripcion de ochenta mil hombres en Francia i veinte mil en Italia, i para Enero setenta mil mas; todas las que se verificaron, i estubieron completas antes de Navidades, que quiere decir antes del tiempo propuesto.

Lo que te puedo decir que todo el Mundo estaba confiado de la paz, que los mismos Franceses estrañaron el tal decreto i conscripcion, i aun se figuraron que aquello era armarse para hacer una paz mas ventajosa; la que se verificaria en Erfur. Estos eran los deseos de toda la Nacion; esta era la voz pública; i esto contribuyó en parte á las proposiciones de paz que despues se hicieron á la Inglaterra.

Otros añaden que tampoco el ruso le aprobó la Guerra de España, que le manifestó i que en el estado de su Imperio se veia obligado á hacer la paz con Inglaterra, pues sino parecia su comercio; sin embargo, el Emperador le engañó con la plata forma de aquella negociacion, i sin aguardar la respuesta, se volvió á Paris á mediados de Octubre, i de ese modo libre de las solicitudes del Ruso y Príncipes de la Confederacion, habiendo entre tanto reforzado sus exercitos de España, se negó incluir á esta en la paz, y se rompieron las negociaciones.

Talleran fué á Erfur; pero Napoleon no quedaria satisfecho de él, pues aunque entonces disimuló, luego que volvió de España le quitó

de Gran Chambelan que es el empleo mas distinguido de Palacio, i aunque puso el pretesto de ser incompatible con el de Vice-Elector, todos creyeron que era una verdadera caida política, respecto que hacia muchos años poseía uno i otro.

El Emperador Napoleon no se detubo en Paris mas de ocho dias; en ellos abrió el Cuerpo legislativo; i Fontanes le hechó una famosa arenga en que le pronosticó su riesgo con estas memorables palabras: V. M. I. nos priba frecuentemente de su vista; es verdad que siempre sus repetidas victorias hán consolado su falta; pero ahora no sé qué negro temor cubre mi corazon, i no creo se consuele hasta ver á V. M. I de vuelta.

El 27 de Octubre salió el Emperador para España; los sucesos de la guerra no son de mi inspección el contarlos; solo diré que durante ella dió un gran desaire al Senado, que siempre se habia reputado por el primer cuerpo de la Nacion, i siempre habia recibido las vanderas cogidas al enemigo: en esta ocasión embió al Cuerpo legislativo desde Burgos unas diciendo eran de Guardias Españolas, lo que dió motivo á una gran contextacion entre ambos Cuerpos, é indica que no estaba mui satisfecho del Senado, lo que junto con la caida de Talleran, da pie para creer fué cierta su oposicion á la guerra.

Tampoco en esta estancia le pudieron ver San Carlos i Ezcoiz, ni en todo este tiempo pudieron conseguir la libertad de Macanaz; antes le quitaron la comunicacion, i el Rey Fernando sufrió otro golpe que pudo ser de los mayores, i que es el que más me ha acreditado á mí.

En quatro de Sbre. cobramos cien mil francos de la mesada vencida en 11 de Agosto.

Se acabó Septiembre i ni nos dieron sus mesadas, ni siquiera nos la libraron contra la Tesoreria de Blois, como solia hacerse; pasó Octubre i suredió lo mismo con una mesada i con otra; al mismo tiempo un Oficial de la Guardia se dexó decir un dia que tanto caballo como tenían aquellos Señores (eran el triste número de siete para sus personas i servidumbre) indicaban sus deseos de hechar á correr, i que no podian dexar de tener correspondencia con España, i recibir mucho dinero quando llevaban tal gasto de comida i quadra;

aunque no se podia hacer caso de estas expresiones, no era conveniente se propalasen, i era de mi obligacion el desmentirlas no con palabras, sino con hechos que sirbieron de prueba. En verdad el dinero de arcas estaba ya en apuros, no tenia apenas para comer el mes de Nbre i esto sin pagar raciones, atrasos i demas gastos de Mayordomía; las cuentas estaban bien ajustadas; á San Carlos habia enterado de nuestra situacion; los amos estaban bien prevenidos, quando en 28 de Octubre me hallo con una carta de San Carlos fecha del 26 en que me dice, que habiendo ido á hablar á Mr. de Champagni, Ministro de relaciones exteriores, sobre el atraso que padeciamos de las dos mesadas de Sbre. i ademas de sobre no darsenos ninguna completa, Mr. de Champagni les habia respondido, que como no se cobraban rentas de España con las que se habia contado, no podia tampoco cumplirsenos lo ofrecido; despues seguian mil encargos de economia, i protestas de que ellos la tendrian, i aunque fuera menester ir á cabar al campo para mantener á los amos; todo esto dicho con toda aquella energia propia de la pluma de Ezcoiz, que no se le puede negar la sabe poner bien; no necesitaba yo de mas, para corregir ciertos abusos que se habian introducido, y desvanecer el dicho del Oficial; ademas que sin ello era mui crítica nuestra situacion pecuniaria; inmediatamente me combine con los amos en lo que se habia de hacer, i me fui á ver con D'Albergt á darle cuenta de todo, i prevenirle para que no estrañase la novedad. No dexó de sorprenderse el Chambelan con mi relacion; era arguirle claramente con la mala fe del Emperador á quien representaba; i que esta era la segunda vez que nos faltaba á su palabra en cosa bien grave i publica, queria negar lo supiera i que aquello era solo cosa de Champagni; pero era preciso fuera este un complot de todos los ministros, quando el del Tesoro publico hacia tambien dos meses no entregaba nada, ni el de Hacienda embiaba los libramientos; queria se le diera tiempo de representar; pero quien no podia sacar recursos de otra parte, ni en tierra estraña conocia quien le prestase, no podia dexar tampoco de procurar alargar el dinero quanto le fuera posible; i maxime que estabamos á fin de mes, no tenia

con que pagar las raciones, i no podia dexar de publicarse nuestras faltas: D'Albergt se combenció de todas estas razones, i aun le pareció bien á él la reforma, para tener de ese modo motivo de representar contra los Ministros; en virtud de esto di mis disposiciones para que todas las mesas se pusieran por mitad (quedaba bastante comida) de que dexasen de darse ciertos pucheros i gratificaciones que se habian ido introduciendo; que se disminuyese por mitad la cera de los quartos, que se despidiera un cochero inutil, i se vendieran dos caballos; é igualmente di orden para que se fueran un romano que estaba alli retratando á los amos en camafeo, i al guitarrista Castro.

(Se continuará.)

TESTAMENTO DE JUAN DE HERRERA

El testamento del célebre arquitecto del Escorial y de otros grandes edificios monumentales de la época de Felipe II testó en Madrid, próximo á su muerte, en 6 de diciembre de 1584, ante el escribano público Antonio Pedro de Salazar, siendo testigos Pedro de Madrigal, Germán de Benavente, Alonso Perez Ortiz, Francisco Baldeyta y Gaspar de Villalba. Se titulaba aposentador mayor de Palacio y se reconocia natural de Mobellán, «que es en el valle de Valdálga, montañas de Santillana.» Llamóse su padre D. Pedro Gutiérrez de Maliaño y D.^a María Gutiérrez de la Vega, su madre. Mandó que en cuanto espirase, vestido con hábito de San Francisco se depositase su cadáver en la Iglesia de San Millán y luego en la bóveda de la capilla de San Fernando de Sotomayor, Alcaide de Agreda, y de allí á ocho meses, ó antes si fuese posible, se le trasladase á enterrar en la Iglesia de San Juan de Maliaño, cerca de Santander, donde estaban enterrados sus abuelos y antepasados. Después de atender á las mandas del alma, ordenó que, «el caballo castaño que tengo, me lo envié Juan de Mijares, aparejador de San Lorenzo el Real, que le compró por mi orden en Andalucía. Mando que á dicho Juan de Mijares se le pague todo lo que dijese que costó dicho caballo, y que gastó en hacerle traer y con él

tuvo de costas hasta que se me entregó; y el dicho caballo se vende.» Mandó dar á Alfonsica, criada de su mujer, 500 rs.; á Beatriz de Ruías, dueña de D.^a Inés, mi mujer, que sea nombrada para una de las prebendas de las doncellas huérfanas que mandó prebendar el Sr. D. Pedro de Muñiz, y más 5.000 mrs. para ayuda á su casamiento; á Felipa Rodriguez, su criada, nombrada para lo mismo, y un vestido; á Ana Fernández, su criada, nombrada para lo mismo; á Luis Gutiérrez y su mujer, sus criados, 1.000 rs.; á Juan, su criado, que Pedro de Hiermo (su sobrino) sabe á quienes le representa, 2.000; á Próspero, su paje, 100 rs.; á un flamenco, su criado que cura el caballo, 50 reales; á Isabel de Rueda, que cria á su hija doña Laurencia, se le den de pres 50 rs. y otros 150 acabando de criar la niña. Declaró que el muy ilustre Doctor D. Isidro le era deudor de 250 ducados que le prestó; que el Sr. D. Bernardino Duarte, de la cámara de S. M., le era deudor de 50 escudos de oro que le prestó; que Diego Diaz del Castillo le debía por una partida 1.000 rs. y 20 escudos de oro por otra; que Jorge Rodaste, ugiar de S. M., le debía 500 reales, y mandaba que el Sr. D. Juan Bautista de la Habana liquidase cuentas y pagara. Mandó dar también á María de Cassa, criada que fué de su primera mujer, 50 ducados de una manda de ésta, que no se le pagaron por no haber parecido; al licenciado Pedro de Guzmán, 500 rs.; y á la fábrica de la iglesia de San Ginés, 50 rs.—Su mujer el día que se casó no llevó ningunos bienes dotales, ni réditos, ni de otra forma. El la dotó en 2.000 escudos que la mandó y donó en arras, mandando después por el ánima de Alonso Cachorro 50 misas; dénse al Doctor Andrés Perez y á Francisco de Mora, criado de S. M., 150 ducados. Después seguía: «Tengo por mi hija legítima á D.^a Laurencia, hija de D.^a Inés de Herrera, mi mujer, de edad de veinte días poco más ó menos.» La nombra su universal heredera y á su madre, aunque muy joven, su tutora y curadora. Instituyó dos capellanes en la iglesia de San Juan de Maliaño, y por patrón de su hija hasta que tuviera 16 años, á su suegro Muñoz de Herrera; mandó dar á Pedro de Herrera 200 reales, por paga de enumeración de lo que ha servido y acudido á su causa y en la tutoría por falta de su mujer, nombró tutor de su hija

al Sr. D. Luis Hurtado, veedor y contador mayor de las obras de S. M., del alcázar de la villa, y á falta de Hurtado, á su sobrino Pedro de Hiezma.

Después decía:—«Por memoriales que he dado he repetido á S. M. los muchos años que le he servido, y la hacienda, que he gastado que ha sido mucha cantidad, y la que habrá de ser para el remedio de D.^a Laurencia, mi hija, la cual queda sin ella, por haberla yo gastado...»

Y añade:—«Quisiera haber tenido muchos años de vida y hacienda para haber servido á S. M., y siempre he tenido entera voluntad de sus servicios. Suplico á S. M. sea servido de hacer merced á D.^a Laurencia, mi hija, porque queda huérfana y á D.^a Inés, mi mujer, porque queda moza de muy poca edad, y sin hacienda y bienes de que se sustentar: yo estoy muy consolado, confiando en la merced que S. M. ha de hacerlas. Pedro de Herrera, mi sobrino, criado de S. M., le ha servido en el oficio de mi ayuda; suplico á S. M. respecto de mis servicios y los suyos le haga merced, pues el amparo que le quede, le ha de recibir de S. M. que el que tenía en mí se acaba con mi vida; que si yo le tuviera escusara de importunar á S. M. Francisco Mora ha existido en mi compañía, ha servido con mucho cuidado y ha sido muy conveniente al servicio de S. M., suplico á S. M. sea servido hacerle merced de servirle de él, porque de Francisco Mora y Diego de Alcántara se puede S. M. servir, mejor que de otra persona en las cosas de arquitectura. Gonzalo del Valle, alguacil de corte, que ha servido y sirve en las obras de S. M. con mucho cuidado y acude á las dichas obras, está muy pobre y necesitado; porque no tiene otro aprovechamiento que el salario; suplico á S. M. sea servido de acudir á su necesidad y le hacer merced por remedio de ella. Diego de Quesada y Anton Ruiz, aparejadores de la fábrica de S. Lorenzo el Real, ha mucho que sirven á S. M. en aquella obra, están necesitados, merecen mucha merced por los grandes servicios que han hecho; suplico á S. M. sea servido de hacerles merced. Bartolomé Ruiz, aparejador en Aranjuez, ha mucho que existe en Aranjuez y ha servido y sirve con mucho cuidado, está muy necesitado. A

Juan de Carrion, cabo de escuadra de la guardia de á pié de S. M. mando se le den 100 ducados, por paga y remuneración de lo que por mí ha hecho. A Luisa Herrera, mujer del alguacil Pedro Baños, por el tiempo que me ha servido mando que se le den 100 ducados. A Juana Martínez, madre de Luisa Herrera, por el tiempo que me ha servido, 50 ducados. Nombro á Tomás de Hiermo, mi sobrino, para una de las dos plazas de capellane de Maellano. Los libros, espadas, mosquetes y demás bienes que se hallasen en mi casa, se vendan, para que se haga dinero para el aprovechamiento de renta para mi hija.»

Por último añadía:—«A S. M. suplico como se refiere en la dicha cláusula, haga merced á la dicha D.^a Lorenza de Herrera, y esta por los muchos servicios que ha hecho á S. M. mucho antes que me casase con D.^a Inés Herrera mi mujer, porque no ha más que dos ó tres años que con ella me casé, y la merced que S. M. le hiciere á mi hija, son bienes míos propios, como adquiridos por servicios hechos antes que me casase; porque la parte que la dicha merced se podía tener por bienes gananciales es resta por cantidad respecto de los años que he servido á S. M.»

DOCUMENTOS DIPLOMÁTICOS.

SOBRE LA INTERVENCIÓN ESPAÑOLA EN PORTUGAL EN 1832

MEMORIA MUY RESERVADA
QUE DIRIGE AL REY NUESTRO SEÑOR Y Á SU CONSEJO
DE SEÑORES MINISTROS
EL GENERAL D. LUIS FERNÁNDEZ DE CÓRDOVA.

Continuación (1).

Los Whigs no han podido jamás conservar el poder en Inglaterra, porque, además de muchas otras razones poderosas que á ello se oponen, el defecto esencial de este partido es buscar perfecciones abstractas que le hace caer en todas las ilusiones del fanatismo. La verdad filosófica, teórica, poética, es su ídolo. En vano se le ofrecen mejoras parciales; estos sacrificios no bastan á satisfacerle: mientras

(1) Véase nuestro número de 22 de abril.

queda algo que conceder las desprecian, exigiendo imperiosamente el *bien total* y urgente tal cual les parece necesario. Estos reformadores se distinguen, sobre todo, por una ignorancia de los hombres y de las cosas, que les hace edificar un sistema sin base en los espacios imaginarios de la perfección, sin combinar las pasiones y los hábitos que dirigen á la especie humana. Por lo tanto, es posible calcular sobre su próxima ruina; el bill de la reforma es el escollo donde según todas las apariencias pueden venir á naufragar, sea que deban retirarse ante la mayoría del Parlamento, ó que, desconsiderando á la Cámara alta por la creación de un gran número de lores, sacrifiquen el reposo del País y enciendan la tea de la discordia, que privaría á la Gran Bretaña de su grandeza y poder, entregándola á calamidades que podría deplorar la humanidad, y que nunca serían celebradas por el interés y la política de las otras Naciones.

Una grave cuestión europea reclamaría justamente el examen más detenido, si el deseo de llegar al término que más interesa á nuestro País no me obligara á acelerar la marcha de mis reflexiones. Sin embargo, es preciso que yo ocupe la soberana atención de V. M. algunos instantes sobre la cuestión holandesa.

El tratado de la conferencia de Londres sobre la separación de la Bélgica, esencialmente injusto y violento, fué dictado bajo la influencia y en favor de los intereses de la Inglaterra y desechado por el Rey Guillermo con noble entereza, que no han vencido las impotentes amenazas de Francia é Inglaterra, ni los débiles consejos del Austria y de la Prusia. El apoyo moral de la Rusia vino al auxilio de aquel Monarca, y aunque los Gabinetes de París y Londres habían arrojado el guante sin reservarse una retirada decorosa en esta cuestión, las tres potencias del Norte no han ratificado por no separarse de la estrecha alianza que ha formado la necesidad de velar por la común defensa. Impotentes aquellos dos Gabinetes para hacer la guerra por los embarazos interiores, cada día crecientes, instan, representan, amenazan, pero no consiguen la ratificación de un pacto que tanto les interesa. Las tres potencias del Norte responden con urbanidad y entereza, pero eluden la ratificación hasta que ceda el Rey Guillermo, y no se asus-

tan de los resultados porque de un momento á otro esperan un cambio de Ministerio en Inglaterra, ó una crisis en Francia que cambie el aspecto de las cosas, ó porque entretanto saben que aquellas Naciones no pueden, como llevo dicho, emprender una guerra general. Sin embargo, de buena fe concurren las tres á obtener la aprobación del Monarca holandés, con cuyo designio se encuentra en la Haya el Aide-de-Camp Orloff, favorito del Emperador Nicolás. Creo poder asegurar á V. M. que esta misión no adelantará nada la cuestión holandesa, y tengo buenos datos para asegurarlo. Cuando pudiésemos suponer lo contrario, la habilidad del Rey Guillermo, no menos grande que su noble tesón, le ha puesto en una posición muy favorable para llevar adelante su designio esquivando las representaciones de sus aliados y las amenazas de sus adversarios con poner este negocio á la discreción de los Estados generales. Los debates posteriores de este cuerpo político dejan creer que será muy difícil, si no imposible, reducirlo á la aceptación de los 24 artículos del tratado. Si la Francia y la Inglaterra consienten en alterarlos, la dificultad pasará de la Holanda á la Bélgica; pero no por esto hallaría más fácil solución.

Este País es el corazón de la Europa y ha sido siempre el teatro de sus eternas guerras, porque toca muy de cerca á los intereses de casi todas las potencias que forman los miembros de aquel cuerpo social.

¿Cuál es, pues, el cuadro que presentan á nuestra meditación las circunstancias actuales de la Europa? Tres grandes Monarquías unidas entre sí por un mismo interés político, asociadas á una cuarta grande potencia que forma la Confederación Germánica, y todas aliadas naturales de los demás Gobiernos que temen igualmente la revolución; disponiendo juntas de cerca de un millón de soldados con reserva para su reemplazo en poblaciones numerosas, delante de un enemigo común, prontas á combatirlo cuando éste quiera darse la desventaja de agresor para poder contar con el esfuerzo y patriotismo de sus pueblos, y á la espalda de dicho enemigo quince millones de habitantes que dividen su atención, parten su fuerza efectiva y amenazan encender la discordia en los departamentos meridionales, que sólo esperan tal vez una ocasión propicia de sublevarse

contra el Gobierno actual de la Francia. De la otra parte se halla una nación grande, numerosa y guerrera, rica de talentos y recursos, de hombres y navíos, central para ofender á todas, como accesible á todas para ofenderla, pero dividida por facciones violentas, inconstante en sus gustos, altiva en la victoria, débil y sumisa en la adversidad, abandonando hoy el idolo que proclamó ayer, y afecta sobre todo á los intereses que forman su bienestar individual, que es incompatible con los sacrificios que exige la guerra. Á su frente está un Gobierno usurpador, desconsiderado entre sus propias simpatías, expuesto al furor de las facciones que contra él conspiran; sucumbiendo bajo el peso de sus elementos defensivos, con un ejército mal disciplinado y cuya organización moral tiene por base y origen la *rebelión*.

Para que la Francia haga la guerra es menester que el *Juste Milieu* ceda el poder al partido popular que ha conquistado la afección de las masas, y este sería un momento crítico y probablemente funesto para el Monarca usurpador que se ha hecho despreciable á los mismos que le ensalzaron, que quieren arrancarle su corona de espinas y atentan contra su propia vida. Ciertamente una nación, por grande y fuerte que sea, no puede emprender nada en el estado lamentable en que se halla actualmente la Francia. Los esfuerzos de un doctrior arrepentido son tardíos é impotentes: fácil es dar impulso al inmenso coloso del desorden; pero muy difícil detenerlo en su marcha devastadora. Los talentos y el carácter de Mr. Perier, son á la revolución de su país lo que sería un dique opuesto por el arte del hombre á la fuerza central del Gran Océano. Y cuando todas las pasiones están en acción y movimiento, ¿quién será el temerario que funde los destinos de una nación, sobre la frágil existencia de un Ministro valiente, pero usado en sus recursos, que ve crecer cada día el monstruo que ha de devorarle y cuya vida se gasta visiblemente?

Hasta aquí, separándome de una opinión generalmente recibida, he juzgado la alianza actual de la Francia y de la Inglaterra ventajosa á esta potencia, indispensable á la consolidación de aquélla. Sin inconsecuencia con el carácter indeterminado de este pacto moral y

transitorio, puedo decir que la alianza real para hacer juntas la guerra á la Europa sería tan monstruosa como insignificante, poco menos que imposible ó nula en mi concepto.

Tal es, en efecto, mi convicción profunda; pero quiero suponer dable por un momento dicha alianza; ¿qué peso tendría en los resultados de la guerra general? Cincuenta mil hombres que por un grande esfuerzo y á costa de los mayores sacrificios puede echar la Inglaterra sobre el continente, no inclinarían la balanza de los destinos en una lucha de millón y medio de soldados. Los navíos de Francia é Inglaterra reunidos, ¿qué fuerza naval pueden hallar que les dispute el libre imperio de los mares? La Rusia, que es la única potencia marítima de la alianza monárquica, tiene puertos donde salvar sus naves y defenderlas con el cañón de tierra mientras dure la contienda. Las ventajas del comercio, siendo ya todas para aquellas dos potencias, suyos serían también los perjuicios del corso, la piratería y la interrupción de relaciones en los países del continente. Estos se encuentran hoy emancipados de su larga dependencia por los progresos que ha hecho en ellos la agricultura y la industria, y que bastan á sus propias necesidades.

En cualesquier guerras generales que susciten las circunstancias presentes, la

Francia, con Soldados 400.000

tiene que luchar contra

de la Prusia	300.000
del Austria	400.000
de la Confederación Germánica	200.000
de la Rusia	200.000
de la Holanda y el Piamonte.	200.000
de la España y Portugal	150.000
	<u>1.450.000</u>

Ciertamente no temo que este cálculo sea calificado de exageración, poseyendo yo todos los datos originales y oficiales capaces á demostrar que, por el contrario, está hecho con gran ventaja de la Francia.

Lo repito, Señor; la guerra de la Inglaterra en el continente no puede ser jamás sino contra la Francia, su natural rival. Entonces los

buques y las guineas británicas son invencibles, sirviendo al sueldo, transporte, armamento y manutención de las tropas aliadas, al monopolio del comercio general, á las conquistas de las colonias enemigas y á la paralización de toda industria rival; pero en el sentido contrario estos elementos tienen una aplicación imposible, difícil ó por lo menos muy inferior mientras no se halle campo de batalla en que pueda combatir el mar contra la tierra.

La gravedad y el interés de la materia me hacen difuso. Por esto, aunque sea exponiéndome al cargo de tratarla con menos profundidad que merece, voy á economizar la soberana atención de V. M. llegando á la cuestión del día, que es la intervención de las armas de V. M. en el Reino de Portugal.

He dicho arriba que es preciso dividirla en dos partes bien distintas: *Necesidad de intervenir y posibilidad* de hacerlo con buen éxito, y que de la solución de la primera dependerá forzosa y naturalmente la resolución de la segunda.

En cuanto á la *necesidad* de la intervención, nadie es juez competente sino el Gobierno de V. M. El sólo posee ó está en posición de adquirir la serie de datos y noticias con que debe procederse al examen. Este tiene que fundarse en el conocimiento de la fuerza material de la expedición de D. Pedro, en el de sus planes y recursos militares, hasta donde sea posible estimarlos ó presumirlos en los elementos de todas clases creados por el señor D. Miguel para rechazarla, confianza que la organización y fidelidad de éstos inspiran, estado de la opinión pública en Portugal, capacidad de los instrumentos principales que dirigen los consejos y las fuerzas de mar y tierra de S. M. Fidelísima.

A estos datos importantes deben reunirse otros no menos necesarios, como son, estimar el efecto moral que produciría en el ejército y pueblo portugués la presencia de las tropas de V. M. en aquel País; las fuerzas que á él podemos enviar, sin desatender nuestras atenciones y cuidados interiores, ni desgarnecer las plazas de la frontera del Norte, las islas Balcares y las plazas marítimas, expuestas todas al ataque y sorpresa de las escuadras británicas, si la Inglaterra persiste en oponerse abiertamente al ejercicio de nuestro derecho

de intervención. En fin, examinar el espíritu moral, la disciplina y organización militar de nuestro ejército, los recursos y pertrechos que tiene para entrar en campaña con honor y gloria del pabellón de V. M. y la confianza que se pueda depositar en estas tropas, cuya reunión fué muchas veces funesta á los derechos de V. M. y á los intereses del Estado por el poco cuidado é inteligencia con que se procedió al importante objeto de su organización primitiva. Lleno de respeto y confianza en el celo, previsión y sabiduría de Vuestro Gobierno, repito, Señor, que él solamente está en el caso de resolver con madurez este problema importante. Pero admitiendo hipotéticamente su resolución en los dos casos, podemos siempre concluir: que si nuestra intervención no pareciese absolutamente necesaria para salvar al Portugal del riesgo que le amenaza, el intervenir sería un acto de precaución superflua, muy arriesgado en sus consecuencias y al que mil consideraciones poderosas nos aconsejan renunciar para no exponernos imprudentemente á pagar muy caro un triunfo de amor propio nacional, ó á precipitar la época de la guerra general antes que los embarazos crecientes de nuestros enemigos procuren á nuestros aliados todas aquellas ventajas con que pueden entrar en la gran lucha, y por no dañar más bien que servir á la causa misma del Soberano portugués dando margen á quo se realice una combinación contraria por la Francia y la Inglaterra.

Si, por el contrario, la intervención es necesaria é indispensable á la conservación del Sr. D. Miguel en el trono, es preciso intervenir á toda costa, á riesgo de todos los sacrificios, con todos los esfuerzos que puedan exigir los dos objetos supremos que indicamos en un principio, *Conservación de la dinastía de V. M. y Conservación de las instituciones fundamentales del País*. Nada puede parecer costoso por asegurar estos dos intereses capitales, y V. M. debe tener igual confianza en los esfuerzos de la Nación, cuando apele á su valor y fidelidad, como en el interés y amistad de las potencias aliadas que no pueden, en mi concepto, eximirse de hacer causa común con la España sin abandonar sus propios intereses, no menos evidentes en sí mismos que bien comprendidos por aquellos Gabinetes.

Demos por sentado que vuestro Gobierno ha reconocido la necesidad de intervenir: sus medios y recursos propios le son conocidos y los de la Europa quedan ya indicados: yo no puedo vacilar en asegurar á V. M., íntimamente penetrado de lo que digo, y calculando mucho más mis datos y sólidas razones que mis deseos y esperanzas, que V. M. debe contar con un auxilio eficaz y positivo de las potencias aliadas, si por ejercer el derecho de intervención, la Francia, ó la Inglaterra y la Francia reunidas, nos declarasen la guerra. Preciso es, Señor, que mis datos sean bastante poderosos y muy profundo mi convencimiento para que yo corra la grave responsabilidad de dar á V. M. una opinión tan decisiva: V. M. tiene demasiada confianza en la acreditada lealtad de un vasallo cuya existencia está identificada con su mismo Trono, para que yo necesite asegurarle que le hablo desde lo más íntimo de mi conciencia.

No puedo creer, Señor, que la Francia se oponga con la fuerza á nuestra intervención. Sabe esta potencia que la entrada de sus armas en la Península sería la señal de una guerra general en Europa. Si amenaza, V. M. puede despreciar sus amenazas; si envía un ejército, hallará un sepulcro en la tierra clásica de la fidelidad, ó sucumbiremos con toda la Europa. En mejores circunstancias se opuso esta Nación á la primera intervención de Austria en Italia, y el Austria intervino; quiso permanecer en Bélgica, y tuvo que retirar sus tropas; amenaza para obtener la consolidación de aquel Reino asociada á la suya propia, y nada consigue.

(Se continuará.)

MISCELÁNEA

El corresponsal del *Times* en París facilita á este diario datos interesantes acerca de la triple alianza establecida entre los Gabinetes de Berlín, Viena y Roma. Desde junio del año pasado parece que se dió principio á una inteligencia entre las tres potencias, inteligencia que condujo á una triple nota, por la cual estas naciones se garantizan mutuamente la integridad de sus territorios, obligándose cada una á una cooperación eficaz contra toda agre-

sión que pusiera en peligro cualesquiera de aquellos países.

Como se ve, esto es un verdadero tratado de garantía territorial que tiene especialmente un carácter defensivo. Aparentemente, el objeto de todo ello tiende á la conservación de la paz europea; pero en realidad, espíritus suspicaces podrían sin grande esfuerzo entrever móviles ulteriores de mayor trascendencia é importancia. De todos modos, Alemania y Austria obtienen con el tratado ventajas positivas: aquella aísla á la Francia y á la Rusia, presta un buen servicio al Austria, y como no pierde la esperanza de entenderse con la corte del Vaticano, aprovecha para ello su amistad estrecha y su alianza con el Quirinal.

Para el Austria implica el tratado el abandono por parte de la Italia de toda pretensión en territorio austriaco, dándola así facilidades para establecerse sólidamente en la Turquía europea.

De aquí una situación de día en día más difícil para la Francia, cuyo aislamiento actual toma caracteres permanentes, sin que su posible amistad con Inglaterra pudiera en un día de peligro reportarle ayuda ni ventajas positivas en el continente. Y debemos recordar, como dato importantísimo, que precisamente en junio, mientras se establecía el cambio de notas entre las tres potencias á que nos hemos referido, se ventilaba en el Mediterráneo la cuestión de Egipto, y era entonces la situación interior de la Francia muy distinta de la que atraviesa después de muerto el ilustre Gambetta. Todo el mundo sabe que Italia temió en aquella ocasión ser objeto de una agresión francesa.

En cuanto á la conducta que debe seguir nuestra España en esta ocasión en que parece inminente un período de grande actividad para la diplomacia europea, somos totalmente contrarios á varias indicaciones que se han hecho repetidas veces por la prensa diaria aconsejando al Gobierno se mezcle y tome parte en estos graves asuntos. España, hoy por hoy, no tiene intereses políticos que ventilar en Europa, y si en apartarse de todo movimiento exterior para aplicarse á mejorar su gobierno y su administración interna. ¿Qué fuerza podríamos echar en la balanza para el mantenimiento de la paz, ó para los azares de

la guerra? La incompleta y débil organización de nuestro ejército, el triste estado de nuestra Armada, y sobre todo el de la Hacienda, nervio de la guerra y garantía del respeto ajeno, nos priva de todo medio de acción eficaz, y nos obliga á emprender sin vacilaciones, sin falsos alardes, peligrosos siempre, los senderos de la prudencia.

Celebremos, por el interés que tenemos en la paz, el acuerdo de esas tres grandes potencias que dicen entenderse entre sí para conservarla, y dediquémonos nosotros á sus artes y beneficios. Todo lo contrario serían aventuras de que debemos huir cuidadosamente, reconociendo nuestra situación verdadera, y no arrojándonos á los ojos polvos de oro, que aun siendo de oro, nos dejarían ciegos.

* *

En el Senado se ha tratado por el Sr. Polo de Bernabé la cuestión del Banco de España, cuestión que tiene preocupado á todo el mundo. No lo hizo en son de oposición, sino como buen amigo. El Banco no acude á las exigencias de su instituto. Sus billetes se reciben con repugnancia por la dificultad de su cambio: su capital se halla, en su mayor parte, inmovilizado, y le dan buen consejo los que le estimulan á desahogar su situación por medio de un empréstito que le permita poner en circulación oro ó plata, y cambiar los billetes de veras como decía el Sr. Polo de Bernabé en el Senado. No exige esto grandes sacrificios, y si los exigiera debidos los tiene el establecimiento que acaba de repartir un dividendo que representa el 45 por 100 de su capital.

La Italia puede, con su ejemplo, servirle de estímulo. Acaba de abolirse allí el curso forzoso, tránsito y paso difícil, y sin embargo, lo ha realizado sin dificultad. ¿Cómo? Preparándose á cambiar todos los billetes. A sus buenas disposiciones ha correspondido el público acudiendo con parsimonia, como acontecía aquí el día que abriera sus cajas al cambio nuestro primer establecimiento de crédito.

* *

En la coronación del Czar de Rusia, que como es sabido se verificará en Moscou del 26 al 28 de mayo próximo, representará á Es-

paña el Duque de Montpensier, á quien acompañan su secretario, el Sr. Esquivel; el empleado del Ministerio de Estado, Sr. Marqués de Casa-Fuerte; el General Ibarreta y los comandantes Sres. Culugan y La Serna, este último diputado á Cortes.

Por indicación del Duque de Montpensier, la comitiva se le reunirá en Berlín, marchando desde allí juntos hasta San Petersburgo, á donde deben hallarse el 15 del próximo; en la frontera rusa les aguardará un ayudante de campo del Emperador, con el fin de acompañarles, encargándose la corte rusa de facilitar á la comisión española, como á todas las demás que asistan á la ceremonia, alojamiento mientras permanezcan en el territorio del Imperio.

Aparte de esto, los señores que acompañan al Duque no llevarán pagados los gastos de viaje, que como hemos indicado antes, han de hacer por su cuenta, sin gratificación en armonía con el cargo que van á desempeñar.

BOLETÍN BIBLIOGRÁFICO

Biblioteca Venatoria, de Gutiérrez de la Vega.—«Colección de obras clásicas españolas de montería, de cetrería y de caza menor, razas inéditas ó desconocidas, desde la formación del lenguaje hasta nuestros días, para ilustración de los cazadores, deleite de los eruditos y gloria de la lengua castellana.» —Los cuatro volúmenes hasta ahora publicados contienen las obras de montería del Rey D. Alfonso XI, del Príncipe D. Juan Manuel, las de cetrería del canciller Pero López de Ayala y el discurso sobre montería de Gonzalo de Argote de Molina. El diligente y erudito coleccionador no sólo ha cotejado y expurgado los mejores manuscritos y raras ediciones que se conservan de estas obras, sino que las ha hecho preceder de excelentes prólogos ilustrativos y de un rico catálogo que constituye la *Bibliografía venatoria española* más completa que hasta ahora se conoce, y que abraza hasta el día, entre manuscritos é impresos, 295 números bibliográficos, suma muy superior á los cálculos de los más amantes de la bibliografía española, y que se debe á la extremada diligencia é incan-

sable investigación del Sr. Gutiérrez de la Vega. En los trabajos de erudición de que ha hecho preceder cada una de estas publicaciones, ha dilucidado con argumentos que no admitirán ya nunca más las dudas de la controversia, todos los puntos oscuros que rodeaban entre los críticos, historiadores y bibliófilos diversas cuestiones relacionadas con los libros editados. Las investigaciones del Sr. Gutiérrez de la Vega acerca del *Libro que mandó fazer el Rey D. Alfonso de Castilla et de Leon, que habla en todo lo que pertenesce á las maneras de la Montería* no permitirán que en lo sucesivo se discuta si este D. Alfonso fué el sabio ó el último: el Sr. Gutiérrez de la Vega, al reconocer la paternidad de D. Alfonso XI para esta obra, lo demuestra de una manera tan palpable, que deja vencidos en la palestra erudita á los más sabios sostenedores del nombre de D. Alfonso X. Otra cuestión ha dejado también zanjada el Sr. Gutiérrez de la Vega en estos trabajos de erudición. En 1874 nos sorprendió la prensa francesa con la aparición de un libro que se editaba con nota de ser traducido de un original español, y que se titulaba *Los Paramientos de la caza*, que se atribuía nada menos que al Rey D. Sancho VI, el Sabio, de Navarra. La aparición de semejante obra, hasta ahora desconocida, venía á introducir una revolución en las nociones admitidas sobre los documentos filológicos más antiguos de la moderna habla castellana, pues á existir la mencionada obra y al deberse á los ocios literarios de tan egregio autor se echaba por tierra cuanto hasta aquí se ha dicho acerca del *Poema de Berceo*, el *Libro de Apolonio*, el de la *Vida de Santa Maria Egipcíaca* y aun el *Poema del Cid*, sin olvidar la *Continuación del fuero de Avilés*, hecha por el Emperador Alfonso VII en el año de 1155. El Sr. Gutiérrez de la Vega se dirigió desde luego al llamado traductor de la obra atribuida á D. Sancho de Navarra, Mr. H. Castillón (d'Aspet) para averiguar el paradero de un libro que citado como perteneciente á los archivos provinciales de Pamplona, ni constaba en ellos, ni existía el menor rastro de que hubiera constado jamás ni en los referidos archivos ni en sus más antiguos inventarios. Excusó cuanto pudo el Sr. Castillón la respuesta, hasta que estrechado por la exquisita cortesía del Sr. Gutiérrez de la Vega, al cabo

manifestó que en 1836, visitando los archivos de Navarra, encontró *Los Paramientos de la caza* y los *Romanceros* de Theobaldo III, rey de Navarra también, que procedía del antiguo castillo de Olite, arruinado en 1812; de los que sacó copia, que creía tener entre sus papeles, y se comprometía á buscarla para remitirla al colector español, lo que nunca verificó, quedando reducida la cuestión toda, gracias al celo del Sr. Gutiérrez de la Vega, á una *superchería francesa* más entre las que tanto abundan en las relaciones históricas y literarias de Francia.

La *Biblioteca Venatoria* está hecha con el exquisitismo que califica todas las obras del Sr. Gutiérrez de la Vega, y no puede faltar en los estantes de ningún hombre de gusto en materias más literarias que preciosidades bibliográficas.

CONDICIONES DE LA PUBLICACIÓN

Madrid...	1 peseta mensual.
Provincias.....	3 pesetas trimestre.
Extranjero.....	5 pesetas trimestre.
Américas.....	10 pesetas trimestre.

El Archivo Diplomático-Político se publica cuatro veces al mes.

PUNTOS DE SUSCRICIÓN.

Directa, en la Administración, calle de Alcalá, 81, segundo derecha, y en las principales librerías.

NOTA. No se sirve suscripción, ni á los librereros, cuyo pago no sea adelantado.

OTRA. Toda la correspondencia debe dirigirse al Administrador de este periódico, Alcalá, 81, segundo derecha.

MADRID, 1883.

Manuel G. Hernández, impresor de la Real Casa,
Libertad, 16 duplicado.